

Desastres y Desarrollo: Hacia un Entendimiento de las Formas de Construcción Social de un Desastre: El Caso del Huracán Mitch en Centroamérica*

(Capítulo publicado en el libro *Del Desastre al Desarrollo Sostenible: El Caso de Mitch en Centroamerica*, editado por el BID y CIDHS, 2000, compilado por Nora Garita y Jorge Nowalski)

Allan Lavell**

Introducción

Durante la presente década, el debate sobre las relaciones entre los desastres, el desarrollo, el medio ambiente y la sostenibilidad, y de sus implicancias para la gestión de riesgos y desastres, maduró de forma acelerada¹. El tema se ha convertido en un punto de referencia y reflexión, casi obligatorio. Esto se debe, entre otros factores, a las siguientes circunstancias.

Primero, el énfasis puesto en el tema de la reducción del riesgo y el desarrollo durante el Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales. Segundo, las pérdidas sin precedentes generadas por los desastres asociadas con el Huracán Andrew en Florida, las inundaciones del río Mississippi y los terremotos de Northridge y Kobe, todos durante la primera mitad de la década. Tercero, el hecho generalmente aceptado, de que el número e impacto de los desastres se está incrementando rápidamente en el nivel mundial, con los países en vías de desarrollo y las poblaciones más pobres sufriendo una proporción desmedida de las pérdidas en términos relativos. Cuarto, la idea de que factores tales como el cambio climático global, la introducción de nuevas tecnologías peligrosas y el aumento

* El presente capítulo está basado en un resumen y modificación de ideas presentadas en dos documentos del autor, “Un encuentro con la verdad: los desastres en América Latina durante 1998”, publicado en el *Anuario Social y Político de América Latina y El Caribe*, 1998, No.2, FLACSO - Nueva Sociedad; “*Impacts of Disasters on Development Gains: Clarity or Controversy*”; ponencia presentada en El Foro Global del Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales. Ginebra, Jul. 1998.

** Coordinador, Programa de Investigaciones Sociales sobre Desastres, FLACSO, Secretaria General. Coordinador, La Red de Estudios Sociales para la Prevención de Desastres en América Latina, Nodo Centroamérica y El Caribe.

¹ Los orígenes modernos del debate datan de 1983, año en que Fred Cuny publicó su trabajo innovador sobre **Desastres y Desarrollo**. Aún cuando se había publicado con anterioridad un importante número de estudios sobre el tema de los desastres y el cambio social, el trabajo de Cuny brindó una primera sistematización exhaustiva de ideas sobre la forma en que los desastres pueden interrumpir el proceso de desarrollo mientras, a la vez, ofrecen oportunidades para el desarrollo futuro. Además, reafirmó la idea de que los mismos procesos de desarrollo podrían crear condiciones de vulnerabilidad que contribuirían a la concreción de desastres en el futuro, tema que ya había sido explorado por autores como Westgate, Wisner y O’Keefe (1976, 1976^a y 1977) y Hewitt (1983) durante los 70 y los inicios de los 80. Importantes consideraciones y ampliaciones al debate sobre desastres y desarrollo fueron agregadas posteriormente en los países del Norte, particularmente por Mary Anderson (1985; 1989) y Robert Stephenson (1991). Hacia finales de la década el tema de los desastres, el medio ambiente y la sostenibilidad, habían sido incorporados por primera vez a la discusión a través de trabajos publicados por Kreimer (1989), Kreimer y Zador (1989) y Kreimer y Munasinghe (1991).

notorio en los niveles de vulnerabilidad social, podrían generar condiciones propicias para un drástico incremento del número de desastres en el futuro.

Hacia finales de la década, el debate fue impulsado de forma renovada por el dramático impacto de eventos como El Niño, a escala mundial, y los Huracanes George y Mitch en América Latina y el Caribe.

El Niño de 1997-98, el más intenso de este siglo, de acuerdo con los expertos en la materia, causó una diversidad de anomalías climáticas que resultaron en la muerte de varios cientos de personas, en la destrucción de miles de millones de dólares en infraestructuras y producción (en Ecuador, solamente, se estimaron \$2.6 mil millones en pérdidas), la peor sequía sufrida en el Nordeste de Brasil en muchos años, e incendios forestales que devastaron una extensa zona de la Amazonía y decenas de miles de hectáreas en Centroamérica y México.

Apenas desaparecido este fenómeno, en setiembre de 1998, el norte del Caribe, y particularmente la República Dominicana fue severamente afectado por el Huracán George, el cual, afortunadamente, se “descompuso” antes de llegar a las islas más pobladas y vulnerables, perdiendo su estructura física clásica y bajando su intensidad de un 5 en la escala Safir-Simpson a cuatro y tres, en distintos momentos. Aún así, sus vientos y las intensas lluvias que originó contribuyeron, junto con la imprevisión humana, a causar cerca de cuatro mil muertos y daños severos en las economías de las pequeñas islas afectadas. De acuerdo con los datos del Grupo Munich de Reaseguros, George infligió pérdidas económicas por el monto de diez mil millones de dólares en el Caribe y zonas circundantes de Norte América.

George, cuyas características físicas incitaron la admiración de meteorólogos, fue, sin embargo, una pálida expresión de la fortaleza y anomalías físicas que pueden tipificar estos fenómenos tropicales. Así, el arribo de “Mitch” a las costas de Centroamérica hacia finales de octubre comenzó a causar gran consternación, al alcanzar esta tormenta una fuerza de 5 en la escala Safir-Simpson, la máxima posible, para después dar lugar a cierto alivio, al bajar de categoría, antes de enrumbarse hacia la costa norte de Honduras. Sin embargo, en estos momentos comenzaron a aparecer anomalías en su comportamiento y este huracán, ahora entre tres y cuatro en la escala, se estacionó frente al litoral, detenido en su avance por la presencia de un frente frío sobre el Atlántico Norte. Durante tres días arrojó cantidades anormales de precipitación sobre tierra y mar, para después cambiar de ruta e internarse en territorio Hondureño, saliendo por el Golfo de Fonseca, en el límite con Nicaragua, y cruzar como una debilitada tormenta tropical, El Salvador. Luego giraría al norte, en otro cambio de dirección, para incluir a Guatemala en su ruta de destrucción, antes de desaparecer, haciendo curva hacia Miami. Su larga romería duró casi quince días.

Mitch fue descrito por algunos como la peor tormenta tropical de la región Caribeña en doscientos años. La devastación que dejó a su paso, sirvió para justificar que otros lo denominaran el peor desastre en Centroamérica en los últimos cien años. Una de las características que lo distinguió de otros eventos de magnitud sufridos en Centroamérica,

tales como los sismos de Guatemala y Managua, es la enorme extensión territorial de su impacto, en Honduras, Nicaragua, El Salvador, y Guatemala, lo cual le hizo merecedor del calificativo de “Desastre Regional”. Era en efecto, en muchos sentidos, un desastre centroamericano, y fue tomado así posteriormente por los gobiernos de la región y los organismos internacionales de ayuda bi y multilaterales

Cerca de 20000 víctimas entre muertos o desaparecidos, más de doscientos puentes y más de mil kilómetros de vías principales destruidos, cientos de miles de damnificados y millones de afectados, destrucción masiva de viviendas y cultivos, y un costo total en términos de la reconstrucción, estimado en cerca de 7 mil millones de dólares por la CEPAL, son algunos de los impactos que se difundieron, a propósito de describir el desastre sucedido.

Más allá del frío y muchas veces contradictorio análisis de los números, y del relieve periodístico con su característica morbo y sensacionalista sobre el suceso, este desastre, quizás más que cualquier otro sucedido en la región o en el hemisferio, suscitó una serie de reflexiones y discusiones que iban más allá de la fenomenología externa del evento, sus impactos y resultados numéricos.

Así, el inevitable cuestionamiento de la preparación para enfrentar este tipo de suceso, y de la organización de la respuesta por parte de los organismos nacionales a cargo, que ya es tradicional después de cada desastre, por parte de representantes de la sociedad civil, los partidos políticos y la academia (ver Maskrey, 1996; Lavell y Franco, 1996), fue acompañado en este caso por un álgido debate y llamada de atención en torno a los factores sociales y ambientales que podrían haber contribuido a la concreción de un desastre de la magnitud del acontecido, y sobre sus implicaciones para el desarrollo futuro del istmo. Este debate se dio en el ámbito de algunos de los medios de prensa más serios, dentro y fuera de la región, en el mundo político y en la calle, entre académicos y organismos internacionales.

Esencialmente, lo que estaba en discusión es la relación que guardan los desastres con las modalidades de “desarrollo” impuestas durante las últimas décadas en la región y en América Latina en general. Esta reflexión inevitablemente significa establecer la relación entre los desastres, la problemática ambiental y la insostenibilidad o, en su caso, la sostenibilidad de los modelos de desarrollo.

Los condicionantes sociales y ambientales de los desastres, y la naturaleza de las relaciones entre desastres y desarrollo han sido objeto de una creciente atención por parte de investigadores y practicantes en el área de los riesgos y los desastres en América Latina durante los últimos quince años, y particularmente desde principios de la década de los 90, estableciendo una línea de continuidad con las ideas vertidas por Cuny, Hewitt, Westgate y otros en Europa y Norteamérica con anterioridad. Esta línea de indagación, de características multidisciplinarias y con una fuerte presencia de profesionales de las

Ciencias Sociales, ha sido promovida en gran medida dentro de un enfoque informado por la idea de que los desastres representan “problemas no resueltos del desarrollo”².

Este paradigma social de los desastres se contrapone al llamado paradigma “fiscalista”, substanciado en el trabajo de las Ciencias Básicas e Ingenieriles, que ha incitado, consciente o inconscientemente, la idea de que los desastres son producto de extremos de la naturaleza haciendo impacto sobre una sociedad neutra o inocente (véase, Hewitt, 1983, para conocer la crítica más elegante del paradigma fiscalista). Esta última idea queda plasmada en la misma nomenclatura que se utiliza popularmente al hablar de “desastres naturales”, o en la forma en que se hace sinónimo a un evento - como un sismo - con el desastre mismo. Así expresado, se introduce la noción de una cierta inevitabilidad en la concreción de los desastres que son, al final de cuentas, actos de la naturaleza o de Dios o los dioses (Lavell, 1993). No está de más decir que después de Mitch, no faltaron quienes manifestaran que frente a la magnitud e intensidad de este evento no había mucho qué hacer para reducir sus impactos, asumiendo así una posición fatalista o naturalista, poco consistente con las evidencias arrojadas a lo largo de años, en el sentido que el impacto es siempre socialmente condicionado.

Las ideas más originales y la investigación más acabada en el área social de los desastres en América Latina encuentran su salida en la publicación de un número relativamente reducido de textos durante los años 80 (ver los trabajos pioneros publicados por Maskrey y Romero 1985; Caputo et al, 1985; Wilches Chau, 1989, en particular). Durante la presente década la investigación recibirá un impulso importante encontrando su máxima expresión a raíz de la formación en 1992 de La Red de Estudios Sociales en la Prevención de Desastres en América Latina (LA RED); organización que a lo largo de la década promoverá un número importante de investigaciones, desarrollos técnicos, seminarios y conferencias, y esquemas de capacitación en el área de los desastres, promoviendo la publicación de una serie de libros y revistas que constituyen, al día de hoy, la colección de estudios y debates conceptuales más completa que existe sobre el tema, visto desde una perspectiva social, y publicados en español³.

² Los desastres considerados como “problemas no resueltos del desarrollo” es una expresión de común uso en América Latina hoy en día. Claramente tal idea encierra una contradicción obvia dado que el “riesgo” que condiciona la existencia posterior de un desastre es también visto como un producto de los modelos históricos de “desarrollo” sufridos en la región y sus consecuencias en términos de pobreza, desigualdad, exclusión social, distribución de ingresos, acceso a la tierra, etc. Entonces no se podrán resolver los problemas del riesgo dentro de los parámetros del modelo en sí, por ser estructuralmente condicionados. Esta contradicción se resuelve si: i) tomamos la posición de que los llamados modelos de desarrollo” son en realidad “modelos de crecimiento económico” con impactos diferenciados en términos del desarrollo de distintos sectores de la sociedad; o, ii) que no asumamos al utilizar la frase “problemas no resueltos del desarrollo” que estamos refiriéndonos a componentes olvidados o irresueltos de los modelos impuestos, sino más bien a aspectos específicos que deben considerarse prioritarios en la planificación del desarrollo. Al fin de cuentas, el objetivo de la frase era llamar la atención al hecho de que riesgo y desastre se conforman en el proceso de cambio y transformación de la sociedad, contradiciendo así la idea dominante de que son productos de la naturaleza – “desastres naturales”.

³ Maskrey, 1993; Lavell, 1994; Lavell, 1994^a; Manzilla, 1996; Maskrey, 1996; García Acosta, 1996; Lavell y Franco, 1996; Blaikie et al, 1996; Fernández, 1996; García Acosta, , 1997; Wilches Chau, 1998; Zilbert, 1998; Maskrey, 1998; Lungo y Baires, 1996; Desastres y Sociedad, 1993-1998).

Un número importante de las inquietudes, reflexiones y debates en torno a los condicionantes sociales y ambientales de los desastres, y de sus efectos en el desarrollo, que surgen después de los impactos de El Niño, Georges, y, en particular, Mitch, y sobre la necesidad de dirigir el proceso de reconstrucción dentro de parámetros que garantizaran la reducción de los niveles de inseguridad o vulnerabilidad en la sociedad frente a este tipo de evento, sonaron, de alguna manera, a dejá vu.

Estos debates, llevados a la arena pública por múltiples actores sociales, eran en esencia, réplicas del tipo de preocupación y conceptualización que aparece publicado en la literatura bajo los designios del paradigma social de los desastres, durante los últimos veinte años en América Latina, Europa y Norteamérica. Con la puesta en escena de estas reflexiones se suscitó una esperanza entre los especialistas en el tema, de que quizás se podría abrir una ventana de oportunidad, en términos de las prácticas sociales en torno al problema de riesgo y desastre, que las empujara por rumbos más consecuentes, ampliando los enfoques dominantes, regidos aún por una concentración en los asuntos de los preparativos y la respuesta, para enrumbarlos hacia una práctica informada por los preceptos de la llamada “gestión del riesgo”, la prevención y la mitigación. (ver, Wilches Chaux, 1998)

El objetivo principal del presente documento es el de analizar y reflexionar sobre la problemática de los desastres y el desarrollo, utilizando el caso de Mitch como una plataforma para contrastar los conceptos propuestos en torno al problema y las afirmaciones e interpretaciones que sobre éste surgieron durante los meses posteriores al impacto del evento en Centroamérica.

No pretendemos agotar el tema, ni sustanciar nuestros argumentos con una plétora de datos y evidencias empíricos. Más bien, nuestro objetivo es presentar una serie de argumentos, quizás polémicos, que inciten a la reflexión y al debate. A la vez que nuestro escrito retoma la idea fundamental de que los desastres se construyen socialmente, también se adhiere a la idea de que los desastres son sujetos del manipuleo político e ideológico, a tal grado, que también muchas veces se construye social y políticamente la forma en que transmiten o configuran mensajes dirigidos al consumo popular.

Muchas de las ideas que ofrecemos podrían parecer radicales en su contenido. Esto dependerá de la postura política y técnica que cada cual asume. Para nosotros el tema es en sí radical, y nada se logrará en procura de disminuir sus consecuencias si no llegamos al meollo del asunto, en términos de causalidad. La importancia del problema de riesgo y desastre es tal, que exige un debate abierto y la concertación de esquemas de intervención que ofrecen una oportunidad real de reconfigurar el problema. Ver en qué consiste el asunto y después, por diversas razones, evitar aceptar las evidencias, escondiéndose tras tecnicismos estériles y contraproducentes, solamente ayudará a seguir aumentando la cantidad de esfuerzos y recursos invertidos en paliativos que apenas tocan la superficie del problema en su esencia.

Este capítulo comprende cinco secciones particulares. Primero, una breve presentación de ciertos conceptos e ideas en torno a los desastres, desde la perspectiva social y del paradigma de la vulnerabilidad. Segundo, un análisis de la relación objetiva que se puede establecer entre los desastres y el desarrollo. Tercero, una consideración de la semántica de los desastres y sus implicaciones para el estudio de sus causalidades, impactos y gestión. Cuarto, una serie de reflexiones sobre el proceso de reconstrucción y sus peligros; y, quinto, una serie de comentarios y conclusiones finales.

Consideraciones Conceptuales en Torno a los Desastres y los Riesgos

Un postulado básico que informa el trabajo más avanzado sobre los desastres, es que es la misma sociedad y no los eventos físicos, naturales o no, con los cuales se asocian, y con los cuales, en muchas oportunidades, se confunden, su causa principal y más importante.

Un desastre, claramente no es un sismo o huracán, sino los efectos que éstos producen en la sociedad. Los eventos físicos son evidentemente necesarios y un prerequisite para que sucedan los desastres, pero no son suficientes en sí para que se materialicen. Debe haber una sociedad o un subconjunto de la sociedad vulnerable a sus impactos; una sociedad que por su forma particular de desarrollo infraestructural, productivo, territorial, institucional, cultural, político, ambiental y social, resulte incapacitada para absorber o recuperarse autónomamente de los impactos de los eventos físicos “externos”. (Blaikie, et al, 1996; Wilches Chaux, 1998; Maskrey, 1993).

Vistos desde esta perspectiva, los desastres son el producto de procesos de transformación y crecimiento de la sociedad, que no garantizan una adecuada relación con el ambiente natural y construido que le da sustento (Lavell, 1996). Son, como algunos lo han expresado, problemas no resueltos del desarrollo, y la vulnerabilidad existente es una manifestación de déficits en el desarrollo (Wijkman y Timberlake, 1984).

La naturaleza, claramente, es neutra, no experimenta motivaciones, ni sentimientos; no castiga ni es bondadosa. Es, y nada más, mientras no sufra alteraciones que cambien su propia naturaleza. Se transforma, sin embargo, con el paso del tiempo.

Para la sociedad, en sus etapas distintas de existencia en este planeta, la naturaleza presenta oportunidades, o recursos, para el desarrollo humano. Suelos fértiles, algunos en los bordes de los ríos o en las pendientes de los volcanes; recursos pesqueros y lugares adecuadas para el asentamiento, la producción, el comercio y el intercambio, muchos de éstos al lado de ríos, mares y lagos; recursos escénicos, que fomentan el bienestar y el turismo. Sin embargo, en determinadas coyunturas, debido a su propia dinámica interna, la naturaleza y los recursos que ofrece se transforman, por periodos distintos, en amenazas para la vida humana, la infraestructura y las actividades productivas.

El río que da vida y sustento se convierte en un torrente que desborda su cauce normal para invadir su propia planicie de inundación; el volcán durmiente y proveedor de recursos

mientras esté inactivo se despierta amenazando población y producción; el clima benigno de las zonas tropicales se agita con el arribo de las tormentas tropicales y huracanes. Estos procesos de transformación cíclica de la naturaleza son naturales. La caracterización que les demos en términos de recurso o amenaza, es social.

Que la naturaleza se presenta como una amenaza, es producto de los actos conscientes e inconscientes de nosotros mismos y de nuestras prácticas vivenciales. Un terremoto, por fuerte que sea, no es una amenaza si no hay población ubicada en su esfera de impacto. O si la hay, si ésta está adaptada, en términos de sus estructuras y producción, para así absorber sus posibles impactos.

La historia de una gran parte de los últimos 50000 años de existencia humana en el planeta, es una de adaptación y adecuación al medio natural, buscando satisfacer sus necesidades a través de la utilización de los elementos de la naturaleza, que signifiquen recursos para el desarrollo, y minimizando, en lo posible, los peligros que a veces presenta esa misma naturaleza. La experiencia y el conocimiento acumulado a lo largo del tiempo, ha ayudado en encontrar este equilibrio durante extensos períodos de la historia. Pérdidas habrá habido siempre porque la vida en esta planeta es intrínsecamente riesgosa, pero éstas se mantenían dentro de límites aceptables. Los desastres son el resultado del rompimiento de este equilibrio, de la incapacidad de la sociedad de ajustar y adaptarse adecuadamente a su entorno.

Parte de la explicación de este desequilibrio reside en la presunción occidental de que la naturaleza existe para ser dominada y utilizada, la cual está en la base de la llamada crisis ambiental de la actualidad. Otra parte de la explicación reside en el imperativo de las modalidades de crecimiento económico, en boga durante las últimas décadas, pero esencialmente desde el inicio de la Revolución Industrial, tipificada entre otras cosas por la acelerada transformación de la sociedad de una relación inmediata con la naturaleza, en una donde dominan las relaciones mediatas; la urbanización desecologizada; la búsqueda de la ganancia a corto plazo; el empobrecimiento de grandes masas de la población, su marginalización en el territorio y su inseguridad frente a la vida cotidiana. La sociedad moderna es la nueva Sociedad del Riesgo (Luhmann, 1993).

Ahora bien, aunque es cierto que el factor dominante en la condición de desastre es la vulnerabilidad de la sociedad, la cual comprende múltiples facetas particulares (Wilches Chaux, 1989), también es cierto que por la intervención humana en los ecosistemas y por el desarrollo de nuevas tecnologías de producción y transporte, se genera una gama nueva de amenazas, las cuales difícilmente podrían llamarse “naturales”, pero que se suman a, y amplían el rango de amenazas existentes, las cuales al fin de cuentas son parte importante de la ecuación del desastre.

Una categoría de estas nuevas amenazas ha recibido el nombre de “socionaturales” (Lavell, 1996). Comprenden amenazas que toman la forma de amenazas naturales y, de hecho, se construyen sobre elementos de la naturaleza. Sin embargo, su concreción es producto de la intervención humana en los ecosistemas y ambientes naturales. Se producen en la

intersección de la sociedad con la naturaleza. Así por ejemplo, la destrucción de cuencas y la deforestación contribuyen en determinados casos a un aumento en la incidencia e intensidad de inundaciones, deslizamientos y sequías; la urbanización sin infraestructuras adecuadas para el drenaje pluvial cambia el equilibrio del ecosistema local, generando inundaciones urbanas; el corte de manglares en las costas contribuye a la erosión costera y al impacto negativo de las tormentas y huracanes. La manifestación más extrema de este tipo de intervención negativa sobre la naturaleza, sin lugar a dudas, está constituida por los procesos de reducción de la capa del ozono y el cambio climático global, procesos que se pronostica tendrán repercusiones futuras importantes, en términos de la fuerza de huracanes, los patrones de lluvia e inundación y sequía.

El riesgo constituye una condición latente para la sociedad. Representa la probabilidad de daños, los cuales, si alcanzan un cierto nivel, que es en sí socialmente determinado, pasarán a ser conocidos como “desastres”. El riesgo, que es inherente a la vida en el planeta, se conforma por la interacción en un tiempo y territorio específicos, de dos factores: las amenazas y las vulnerabilidades sociales. Las amenazas hacen referencia en términos genéricos, a la probabilidad de la ocurrencia de un evento físico dañino para la sociedad, y las vulnerabilidades, a la propensión de la sociedad (o un subconjunto de ésta) de sufrir daños debido a sus propias características particulares. No puede haber amenaza sin vulnerabilidad, y viceversa. La relación entre ambos factores es dialéctica y dinámica, cambiante y cambiante. Estos cambios se deben, tanto a la dinámica de la naturaleza, como a la dinámica de la sociedad.

Riesgo, Desastre y los Procesos de Crecimiento y Desarrollo Económico y Social: Lecciones y Polémicas en Torno a Mitch.

Precisiones Teóricas y Conceptuales

Los desastres, la pérdida de infraestructura, producción y vidas humanas, están relacionados en general, con los niveles preexistentes de riesgo. El tipo, estructura y nivel de vulnerabilidad establecido, condicionan el daño que puede ser causado por un evento físico particular (Blaikie et al 1996; Hewitt, 1997). Esta vulnerabilidad es el resultado de procesos sociales. Estos procesos son consecuencias o componentes de los distintos estilos o modelos de crecimiento y cambio social adoptados o impuestos en diferentes países. Aquí es posible hipotetizar, por ejemplo, que diferentes modelos de crecimiento se asocian con diferentes consecuencias y expresiones de riesgo y vulnerabilidad. Alguna expresión de riesgo y vulnerabilidad es inherente a, o estructuralmente determinada, por los tipos de proceso social que tipifican estos diferentes modelos.

Las afirmaciones arriba presentadas caracterizan lo que se ha dado en llamar el “paradigma de la vulnerabilidad” como marco interpretativo para la explicación de la ocurrencia de los desastres. Las premisas de este paradigma están, por supuesto, abiertas al debate y al cuestionamiento. Sin embargo, actualmente pocos se apegarían a la idea de que los desastres son el resultado unilateral de un evento físico de magnitud, haciendo impacto en

una sociedad neutra e inocente. Hoy, la referencia a la vulnerabilidad como factor causal de los desastres es casi obligatorio, aún cuando muchos solamente la mencionan sin mayor profundización en su significado y complejidad. El que muy poco se haya hecho para reducir la vulnerabilidad, en una década en que la reducción de los desastres está de moda como idea, puede explicarse por la simple razón de que esto requeriría de cambios fundamentales en los patrones de crecimiento y desarrollo vigentes, los cuales, dadas las circunstancias y el *status quo* existente, son difíciles, cuando no imposibles de lograr, en un sentido cabal.

El dominio que ejercen las soluciones ingenieriles en la reducción del riesgo, o los preparativos, refleja su menor grado de aceptabilidad política al comparárselas con medidas que promoverían la redistribución del ingreso, la reducción significativa en los niveles de pobreza, el empoderamiento de las comunidades, la planificación racional del uso del suelo y el manejo sostenible del ambiente como medidas que proveerían una base real para la reducción de la vulnerabilidad.

Resulta más fácil negar la naturaleza estructural de la vulnerabilidad y el riesgo, explicándola como un factor colateral, desatendido, olvidado o soslayado de los modelos de crecimiento, que asumir las consecuencias que su causalidad estructural exigiría. Es más fácil confortarse apoyando el rumbo impuesto con los modelos, buscando mejorarlos, introduciendo mecanismos cosméticos y efímeros para reducir el riesgo, que asumir el reto de la vulnerabilidad como algo estructuralmente determinado. Si el riesgo no está estructuralmente determinado, entonces puede reducirse haciendo ajustes al margen, modificando la constitución de los proyectos de desarrollo por haber introducido como criterio la reducción de la vulnerabilidad.

Este tipo de argumento reproduce uno de las grandes confusiones conceptuales que se han introducido en la literatura sobre vulnerabilidad y desastres durante las últimas dos décadas.

Así, en la literatura dominante sobre el tema es común encontrar afirmaciones en el sentido de que el desarrollo puede conducir tanto al aumento como a la disminución de la vulnerabilidad a desastres. Todo depende de la medida en que el diseño de los proyectos de desarrollo consideren o no la dimensión de la vulnerabilidad en su formulación e implementación. (ver, Stephenson, 1992, por ejemplo). Por otra parte, Anderson and Woodrow (1989), en su excelente estudio de estrategias de reconstrucción post desastre, ofrecen una elegante y concisa definición de desarrollo, afirmando que este comprende un proceso a través del cual se **disminuyen** las **vulnerabilidades** de la sociedad o de los grupos que la conforman, mientras **umentan** sus **capacidades**.

Las contradicciones entre los dos tipos de afirmación son obvias. Si el desarrollo implica la disminución de vulnerabilidades, obviamente no puede, a la vez, conducir a su aumento. Aceptar esta contradicción o doble valor, sería equivalente a aceptar también que el desarrollo puede conducir a un aumento o disminución en las tasas de mortalidad infantil, las condiciones de vida de la población, los niveles de salud y educación, etc. Esto claramente no es el caso. Nunca se puede definir el desarrollo en términos de la

propagación de condiciones negativas para el bienestar humano. Esto no niega el hecho de que el crecimiento económico puede conducir al desarrollo de aquellas personas quienes tienen acceso a sus frutos mientras otros, muchas veces la gran mayoría, son excluidos de sus beneficios, viviendo en condiciones de privación y pobreza.

Una parte importante del problema conceptual relacionado con la vulnerabilidad y su relación con el desarrollo deriva de dos situaciones particulares.

Primero, crecimiento económico y desarrollo muchas veces se consideran sinónimos. Dada esta situación, entre las personas dedicadas al tema de los desastres es común que se refieran a cualquier proyecto de inversión como si se tratara de un proyecto de desarrollo en el sentido más amplio del término, sin considerar, por ejemplo, sus impactos con relación a los indicadores que componen el Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas o cualquier otro índice o indicador comprensivo del desarrollo. Con esta imprecisión no es difícil sugerir que proyectos de desarrollo pueden aumentar o disminuir la vulnerabilidad. Sería más preciso, sin embargo, afirmar que los proyectos e inversiones económicas pueden incrementar o no la vulnerabilidad y dejar el nombre de “desarrollo” para algunos de aquellos que no lo hagan. Esto no resuelve por sí, el problema de los proyectos que promueven ciertos parámetros de desarrollo, tales como un mejoramiento en los niveles de educación y salud, mientras a la vez no garantizan la construcción de escuelas y hospitales resistentes a las amenazas. Sin embargo, nos mueve algo en la dirección correcta para eliminar la contradicción implícita en la idea de que el desarrollo puede aumentar o disminuir la vulnerabilidad. Realmente es difícil concebir el desarrollo como un proceso que aumenta significativamente las posibilidades de muerte, o de sufrir danos y pérdidas.

Segundo, retomando nuestras conclusiones anteriores, la vulnerabilidad es muchas veces concebida como exógena y no endógena al proceso de desarrollo. La vulnerabilidad se convierte en una variable independiente que puede ser modificada negativa o positivamente por el desarrollo. No se considera parte del proceso de desarrollo o subdesarrollo en sí. Esto no es un argumento sostenible. El desarrollo no puede conducir a un aumento en la vulnerabilidad. De hecho, desde nuestra perspectiva la reducción del riesgo debe considerarse un componente definitorio del desarrollo y como tal incluirse como uno de los indicadores utilizados en la construcción del Índice de Desarrollo Humano de la NN.UU.

El tipo de argumento que sugiere que la vulnerabilidad es una variable independiente, externa al modelo de desarrollo, se desplegó con fuerza en la región después del impacto del huracán Mitch. Así, por ejemplo, en la ocasión de la reunión de los Presidentes Centroamericanos, celebrado en Comalapa durante el mes de noviembre 1998, su declaración escrita sobre el evento y el rumbo de la reconstrucción hizo manifiesto que el evento había tenido consecuencias serias para el desarrollo en el istmo, pero que el modelo de desarrollo imperante era exitoso y requería ser fortalecido, pero, eso sí, tomando más en consideración la necesidad de reducir la vulnerabilidad frente a las amenazas naturales. O sea, hicieron explícito que no era el modelo en sí, el que generaba la vulnerabilidad, sino más bien, que la vulnerabilidad era un factor colateral, un factor del desarrollo o una

característica más, que no había recibido suficiente consideración en la implementación del modelo.

Aunque no es difícil entender por qué los gobiernos defienden los modelos que impulsan, y por qué en el mundo actual, en que rigen la globalización, la economía neoliberal, el ajuste estructural, y la privatización, no es sencillo escapar a la lógica inherente del modelo y de sus consecuencias sociales, tampoco se puede soslayar la interrogante fundamental, en cuanto a si es posible reducir significativamente la vulnerabilidad, sin cambiar los parámetros del modelo en sí.

Esta pregunta es de particular importancia con referencia a la vulnerabilidad que afecta a las masas de pobres rurales y urbanos, quienes tienen muy poco acceso a los recursos, poder y mecanismos de selección que se requieren, para cambiar significativamente sus condiciones materiales de vida. Estas personas y la vulnerabilidad que sufren terminan siendo el resultado necesario y supuestamente no estructural de la política adecuada de crecimiento y desarrollo de alguien más. Cualquier esfuerzo para reducir de forma significativa los niveles de vulnerabilidad existentes, mientras se mantengan los parámetros básicos de los modelos de crecimiento vigentes en la región, claramente requeriría de mecanismos de compensación social que exceden por mucho las posibilidades y capacidades financieras o la voluntad política de los gobiernos – aún de los más avanzados en concepción social y humanitaria. Es extremadamente difícil pensar aquí en un modelo de crecimiento que conduce continuamente a la pobreza, y que se acompaña, a la vez, de una política social impulsada por un gobierno que garantiza que los pobres viven en condiciones de seguridad ambiental, en tierras no riesgosas, y con viviendas y condiciones de vida seguras.

Si la vulnerabilidad constituye un componente estructural de los modelos, entonces, sin cambios fundamentales, es inevitable que los desastres sigan manifestándose, probablemente con mayores impactos en el futuro. Desastre se convierte en una condición y resultado necesario para el “desarrollo” como se plasma hoy en día. Constituyen parte del proceso mismo y son el precio a pagar por las ganancias logradas, al seguir un modelo de crecimiento que garantiza la pobreza y vulnerabilidad para muchos y el bienestar para otros.

Aquí es inevitable hacer una analogía con la idea de que los desastres son parecidos a las crisis y depresiones económicas con sus secuelas de desvalorización de capital, el desempleo y el estrés social, y que estos sean estructuralmente determinados, resultados inevitables y necesarios en la acumulación de capital, bajo modalidades monopolistas, excluyentes y globalizadas. Visto así, los desastres serían producto de la propia lógica del proceso de acumulación y, a la vez, pueden concebirse como destrucciones masivas coyunturales de capital y fuerza de trabajo, que retroalimentan la reproducción de capital en el futuro.

La Vulnerabilidad en Centroamérica y los Modelos de Crecimiento

El crecimiento económico de Centroamérica durante los últimos 50 años ha sido más o menos constante. En algunos períodos ha sido más rápido que en otros. Pero, al final de cuentas, la economía ha tenido una expansión sostenida. Una parte importante de este crecimiento se debe a la ampliación y desarrollo de la agricultura comercial, principalmente para la exportación, así como en el turismo y los servicios. Este proceso se impulsó bajo modalidades crecientes de concentración de capital e ingresos, que favorecieron a un segmento reducido de la población, dejando a la gran mayoría de personas viviendo en condiciones de pobreza o penuria. Las políticas económicas recientes solamente han acentuado esta tendencia. Un resultado claro de esto ha sido el aumento en la vulnerabilidad y el riesgo de desastre, no solamente entre los pobres sino también en el contexto de la producción e infraestructura privada y estatal de avanzada. Mitch reveló esta vulnerabilidad en todas sus dimensiones.

Los modelos de crecimiento han sido basados en parte importante en la sobreexplotación del ambiente natural, en la destrucción o degradación de las cuencas hidrográficas, en el agotamiento de los recursos del suelo y en la modificación masiva de ecosistemas naturales. Esto ha tenido importantes consecuencias en términos de la desestabilización del ambiente y la creación de una serie de amenazas que mimetizan algunas amenazas naturales, pero que en su esencia son socialmente creadas y merecen más bien la nomenclatura de amenazas socionaturales o pseudo naturales. (Lavell, 1996). Aquí se trata de fenómenos como la erosión del suelo y de las zonas costeras, deforestación, inundaciones, sequía y deslizamientos. Esto ha ocurrido en zonas rurales y urbanas.

La ampliación de la agricultura comercial – monopolizada - ha conducido a la marginalización de la población campesina y a la ocupación creciente y continua de tierras de alto riesgo en el campo y en la ciudad. Migrantes urbanos han sido obligados a ocupar tierras en pendiente y sin adecuados sistemas de control de aguas o de los procesos desestabilizadores de terrenos en pendiente. Las ciudades han crecido anárquicamente, de forma desecologizada, sin adecuada planificación del uso del suelo y de las infraestructuras urbanas, convirtiéndose en espacios de riesgo y desastres eventuales.

En suma, estos son algunas de las consecuencias del modelo de crecimiento implantado y sus resultados “naturales”, en términos de la vulnerabilidad, el riesgo y desastre. Estas condiciones son parte del modelo, son inherentes a él y en consecuencia, están estructuralmente determinadas. La degradación ambiental, la urbanización rápida, la fuerza de trabajo barato y la pobreza, son tanto consecuencias como necesidades del modelo, al igual que los patrones de concentración de las ganancias logradas.

Visto desde esta perspectiva, no es solamente que el desastre de Mitch implica un impacto en el crecimiento y desarrollo en el futuro inmediato y de mediano plazo, o una erosión de algunos de los beneficios del desarrollo de los últimos años, sino que también significa que esos mismos “logros” del modelo histórico fueron la causa misma del desastre sufrido, o

cuando menos, contribuyeron en gran medida a que sucediera, potenciando el impacto del huracán, el evento físico detonador del desastre y revelador de los niveles de riesgo preexistentes.

Esto nos permite apreciar que cuando se analiza la relación entre desastre y desarrollo, no es posible llegar a una conclusión objetiva si no se considera también, la forma en que el crecimiento económico y el desarrollo, concentrados en determinados sectores privilegiados, producen las condiciones para que el desastre suceda, afectando así el progreso futuro. Las conclusiones y consecuencias que se derivan de un análisis puesto en su contexto histórico, que considera los dos momentos del desastre - su causalidad y su impacto- son importantes y deben ser tomadas en consideración. Esto puede ilustrarse examinando dos situaciones particulares.

Primero, si el crecimiento de las últimas décadas fue apoyado y funcionalizado a través de la creación de vulnerabilidad, y si esa vulnerabilidad ayuda a explicar el crecimiento logrado, entonces es lógico que cuando lamentamos las pérdidas económicas y los logros del desarrollo ocurridos con el desastre, y calculamos los impactos posibles a corto y mediano plazo en el crecimiento del producto interno, los ingresos, el desempleo, la deuda externa etc., debemos también darnos cuenta de que esto es solamente el precio a pagar por el crecimiento logrado históricamente. Un balance objetivo de la relación entre desastre y desarrollo o de desastre y crecimiento económico, debe tomar en cuenta estos dos momentos, substrayendo las ganancias económicas logradas con la creación de vulnerabilidad, de las pérdidas asociadas con esa misma vulnerabilidad, una vez que se concretan en un desastre.

Al final de cuentas lo que sucede es que la ganancia histórica basada en la creación de vulnerabilidad es, en general, **privatizada**, mientras la vulnerabilidad, el riesgo y las pérdidas sufridas durante desastres son **socializados**.

Un segundo punto de análisis se refiere al problema de la deuda externa de los países del istmo y su relación con la problemática de los desastres. De acuerdo con las ideas más convencionales, los desastres sirven para aumentar la deuda de los países, al obtener préstamos para contar con nuevos recursos, en procura de la reconstrucción pos desastre. Aún cuando esta idea está abierta a debate y precisión en casos particulares, lo que sí es cierto es que muy probablemente, una parte no insignificante de la deuda externa de naciones como Nicaragua y Honduras, fue acumulada con la utilización de préstamos y otros recursos que aumentaron la vulnerabilidad a desastres en esos lugares. Se trató de inversiones en transformaciones ambientales, construcción de presas, infraestructuras públicas, sistemas de transporte terrestres, etc., que no fueron construidos o implementados con criterio de seguridad ambiental, siendo vulnerables a las amenazas futuras. ¿Cuánta infraestructura vulnerable financiada con la deuda externa habrá sido destruida o seriamente dañada con el Huracán Mitch - carreteras, escuelas, hospitales, vivienda, presas, sistemas de riego, etc. ? Peor aún es pensar que los países se endeudaran más, canalizando recursos frescos para la reciente reconstrucción, si estas mismas inversiones solamente

replican las condiciones de vulnerabilidad anteriormente existentes. Así, el círculo vicioso sería perpetuo.

¿Qué Desarrollo se perdió con Mitch?

Introducir la dimensión histórica en el análisis de la relación desastres y desarrollo, nos permite relativizar algunas de las apreciaciones parciales que salieran de gobiernos y otros actores nacionales e internacionales, en las postrimerías del desastre en la región.

Durante los días que siguieron al impacto de Mitch, el Presidente de Honduras, Carlos Flores, emitió el juicio de que el desastre habría retrocedido a Honduras entre 30 y 50 años en su desarrollo. Esta idea se repitió por varias organizaciones nacionales e internacionales y fue difundido ampliamente por la prensa. A la vez se reportó que hasta un 70% de la infraestructura del país se había destruido o dañado severamente. Más allá de que estas afirmaciones son imposibles de sustanciar y claramente exageran la situación, siendo más un ejemplo de fantasía política que de realidad económica y social, con implícitas intenciones en cuanto a la negociación de la deuda externa y la solicitud de recursos frescos para la reconstrucción, habría también que preguntar, ¿qué desarrollo retrocedió tanto en el tiempo? ; ¿Qué productos del desarrollo se perdieron? ; ¿estamos refiriéndonos al desarrollo de los sectores más avanzados, aquellos asociados a los sistemas más modernos de la economía productiva, de servicios, de distribución, o al de aquellos pertenecientes al 80% de la población, que viven bajo la línea de pobreza en el país?

Sin lugar a dudas la respuesta debe aplicarse a los sectores avanzados. Pocos, esperamos, serían tan cínicos de sugerir que la vivienda, condiciones de vida, facilidades productivas, condiciones de salud y bienestar social de los pobres, son productos o indicadores del desarrollo, aún cuando sean resultado de los modelos de crecimiento o de “desarrollo” seguidos en el país durante las últimas décadas. El sufrimiento que las pérdidas implican para las familias afectadas es otra cosa completamente. Pérdidas en condiciones de escasez o penuria absoluta son siempre trágicas, en términos de sus consecuencias humanas. En vez de hablar de pérdidas en el desarrollo, sería quizás más correcto hablar de pérdidas de los “logros” del subdesarrollo. Además, si tuviéramos información y estadísticas adecuadas sobre el contexto del país hace 50 años, es posible que, tomando las definiciones y parámetros vigentes en aquel momento para definir la pobreza, sus niveles y los de la vulnerabilidad de la población hondureña fuesen más bajos que hoy en día, lo cual reafirmaría la noción de que el “desarrollo” de las últimas décadas produjo más riesgo que bienestar para la mayoría.

Claramente lo que distinguió a Mitch de otros desastres de magnitud que han afectado a Centroamérica durante las últimas décadas, es la magnitud de las pérdidas y de la interrupción en el funcionamiento de la economía moderna, entre los sectores más dinámicos y avanzados de la economía regional. Mucho de esto fue asociado, en términos territoriales, con el llamado “Corredor Comercial Centroamericano”. Es este el contexto que respalda en muchos sentidos la noción del desastre como un “desastre regional”.

Si el desastre hubiese echado el desarrollo de Honduras o Nicaragua 30 años atrás, habría aludido a los sectores avanzados y no a la dominante economía de la pobreza. El desastre reveló de forma inmediata la vulnerabilidad de la infraestructura básica y productiva, indicando claramente que la competitividad y productividad en el istmo serían severamente comprometidas sin una importante reducción futura de esa condición. A la vez que la preocupación por los pobres constituye una necesaria demanda humanitaria asociada con el evento, propicia, para fines prácticos, la dosis de retórica necesaria después de desastres de esta magnitud. Pero no soslaya la conclusión de que la preocupación real y sustantiva de gobiernos y bancos internacionales de desarrollo fuese el problema causado para la economía moderna y la competitividad regional. La fuerte presencia de instituciones como el INCAE y el Harvard Institute for International Development en la postulación de esquemas para la reconstrucción son claros indicadores de esto. Los resultados de Estocolmo no hacen más que confirmar esta premisa.

Con esto se sigue el principio impulsado durante décadas, de que la forma más eficiente de reducir la pobreza es hacer crecer la economía moderna a tasas que permitan un efecto de “trickle down” en cuanto a sus impactos en el empleo, los ingresos y el bienestar. El hecho de que la pobreza sigue en aumento no puede, por supuesto, escapar a nuestra atención frente a la permanente defensa del modelo neoliberal, globalizado. Pero al fin de cuentas, qué mejor argumento espurio que aquél que manifiesta que son los mismos desastres, un factor que contribuye de forma creciente al subdesarrollo, y a que los países no logren escapar del círculo vicioso de la pobreza en que están inmersos. Argumento espurio, porque son precisamente el nivel de subdesarrollo, las características pequeñas de las economías y su incapacidad de resistencia en sí, los factores que contribuyen de forma importante a que el desastre ocurra. El argumento está al revés de aquello que se reproduce con tanta fuerza y que busca sustanciar la necesidad de la reducción de la vulnerabilidad y de los desastres.

El Problema Principal es el Desarrollo no los Desastres

Los desastres, aún cuando claramente afectan, no frenan en mayor medida el desarrollo (ver Albala Bertrand, 1993). Al contrario, el problema más relevante es que los desastres son la consecuencia lógica e inevitable del subdesarrollo. El subdesarrollo, la insostenibilidad ambiental y la pobreza, son las causas inmediatas y principales de los desastres. Los desastres no arrojan a los pobres a un estado de subdesarrollo. Al contrario, están allí antes del desastre. Si el desastre los proyecta de un estado de pobreza a un estado de miseria completa, este no es un problema causado por el desastre en sí. Se trata de un problema de dónde estaban los pobres antes del desastre. Cuando alguien está en el límite de la supervivencia no requiere más que un pequeño empujón para que sea arrojada a la desesperación y la miseria total. Esto es claramente una situación que no afecta a las personas o sectores que controlan recursos, poder y opciones para escoger sus condiciones de vida y circunstancias de vida. Estos pueden resultar afectados, pero raramente estarán económica o físicamente destruidos o inhabilitados. Los desastres rara vez los empujan hacia el límite. Ahorros, seguros, redes sociales y otros mecanismos los proveen de condiciones de resistencia y adaptabilidad, y de la capacidad de hacer frente a los problemas que sufren y rápidamente recuperarse.

Aquí, a manera de reflexión, es dramático pensar que al mejorar los sistemas de alerta temprana y los procedimientos de evacuación que permiten salvar vidas y bienes, una gran mayoría de los “salvados” deben retornar después al desastre permanente que es su vida cotidiana, sobreviviendo con aún menos recursos y opciones que antes. El ciclo vicioso de desastre puede encontrarse profundamente inserto en el ciclo vicioso del subdesarrollo y la pobreza. Durante los desastres estamos profundamente imbuidos con la santidad de la vida humana, y conservar ésta se convierte en un imperativo ético y moral. A la vez que mantenemos estos principios básicos, debemos también darnos cuenta que la solución al problema reside más bien en la dignificación de la vida humana y en la santificación del bienestar de las personas.

El hecho que un desastre sea grande o no, no es un asunto de los niveles absolutos de pérdidas económicas asociadas con el evento. Más bien se relaciona con el tamaño y los niveles de desarrollo de la sociedad afectada. No es el tamaño y fuerza del agente físico detonador del desastre lo que nos permite concebir los desastres como grandes o no. Es el tamaño de la economía afectada y sus niveles de desarrollo lo que finalmente determina la magnitud y los impactos que tiene en éstos. El problema es la sociedad y no la amenaza. Es por esta razón que Mitch se ha percibido como un mayor desastre que Kobe en Japón a pesar de que las pérdidas económicas asociadas con Mitch sumaron US\$7 billones, mientras las asociadas con Kobe sumaron cerca de US\$ 200 billones. Para un país como Nicaragua, los dos billones de dólares de pérdidas que sufrió equivalían a 70% del producto bruto nacional anual, mientras los US\$ 200 billones de Kobe ni llegaron a un 1% del PNB Japonés.

Es por esta razón que las pérdidas asociadas con desastres siempre se percibirán como un problema de magnitud en los países pobres. Pero estas pérdidas son significativas precisamente porque el país es pequeño y pobre y no porque el desastre sea grande o pequeño, o la amenaza particularmente grande o intensa. Cuando un país tiene un PNB de un poco más de US\$ 3 billones, una deuda externa de más de US\$ 6 billones e ingresos per capita de menos de US\$ 500 dólares, como es el caso de Nicaragua, entonces cualquier sismo o tormenta tropical de cierta magnitud, sin mencionar las poderosas como Mitch, pueden generar pérdidas desorbitantes, comparadas con el tamaño de la economía, su capacidad de resiliencia y recuperación.

La Semántica de los Desastres: Implicaciones para el Estudio de los Desastres

“Desastre” se asocia en la mente de la mayoría, con eventos de gran magnitud, importantes pérdidas de vida, de bienes y producción, con la necesidad de la movilización de grandes cantidades de ayuda humanitaria y con sustanciales costos para el proceso de rehabilitación o reconstrucción de las sociedades afectadas. América Latina y el Caribe han experimentado una larga historia de este tipo de eventos, particularmente aquellos que se

asocian con los extremos de la naturaleza y que siguen siendo conocidos, de manera muy engañosa, como “desastres naturales”.

Durante el período 1992-1997, la Oficina para Asistencia en Casos de Desastre en el Exterior -OFDA- de la Agencia Internacional para el Desarrollo de los Estados Unidos registró en sus listados de desastres en la región cerca de 110 eventos, la gran mayoría asociada con manifestaciones abruptas de la naturaleza. La base de datos sobre desastres construida por el Centro de Epidemiología de Desastres de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, registra más del doble de este número para el mismo período. La diferencia entre las dos fuentes, las más utilizadas por investigadores y practicantes, reside en los parámetros distintos que utilizan para definir si un evento es o no un “desastre”. Cualquiera que sea este parámetro, en ambos casos se trata de eventos de una magnitud tal que las pérdidas económicas y materiales son significativas a escala nacional, mientras, a la vez, precisaron de la movilización de recursos, fueran estos nacionales o internacionales, para la ayuda humanitaria, la rehabilitación y la reconstrucción, que excedieron las opciones y posibilidades de las áreas y sociedades afectadas.

El desastre asociado con el Huracán Mitch en los distintos países del Istmo Centroamericano, calificó ampliamente para estar incorporado en los listados de los eventos más notorios de este siglo. Pero este evento suscitó la utilización de una nueva nomenclatura, la de un “desastre regional”, un uso semántico poco empleado con anterioridad. Vale la pena examinar aquí en qué sentido el desastre podría considerarse regional, a diferencia de una serie de desastres nacionales. La misma nomenclatura significa de hecho algo más que un desastre que afectó a todos los países de la región. Significa una dimensión que trasciende en su contenido y magnitud la suma de las partes. Significa un problema en común, una interrelación de las partes que hace que los efectos e impactos tengan significado importante fuera de los límites mismos de cada país, considerado de forma individual.

El desastre asociado con Mitch de hecho tuvo esta trascendencia. La importancia de la interrupción del comercio transistmico y los impactos para todos los países de la región, el problema de la migración de población hacia otros países, particularmente Costa Rica, y la necesidad de encontrar una solución negociada y justa entre los distintos países en cuanto a la distribución más equitativa de la ayuda para la emergencia y la reconstrucción, dio al evento una dimensión extranacional que era imposible soslayar.

Pero la construcción de la regionalidad del evento también habrá tenido su lógica política.

Con referencia a esto vale la pena reflexionar sobre las condiciones bajo las cuales un desastre logra captar la atención pública y política internacional, y la forma en que es construido social y políticamente como un problema significativo para el desarrollo de los países afectados. Una comparación de los casos de Mitch y Georges, que afectó seriamente al Caribe unas semanas antes, es ilustrativa.

En el caso de Mitch, las pérdidas económicas sumaron unos US\$7 billones y se reportaron cerca de 20000 personas muertas o desaparecidos (una forma legal y eufemística de referirse a los muertos no encontrados). Georges, de acuerdo con el Munich Reinsurance Group, infligió US\$ 10 billones de dólares en pérdidas y causó la muerte de 4000 personas. Con base en estas estadísticas, y considerando el tamaño de los países y el tamaño de las economías afectadas, se podría llegar a la conclusión de que George fue el desastre más grande.

Sin embargo, más atención ha sido prestada al caso de Centroamérica que al Caribe, y seguramente, más recursos se canalizarán hacia esa zona que a las islas para la reconstrucción. El Caribe no fue sujeto de un proceso de consulta y negociación financiera concertado, que se acercara al que tipificó el caso de Centroamérica después de Mitch. ¿Cómo se explica esta aparente contradicción?

Un primer factor a tomar en cuenta son los niveles dispares de decesos asociado con los dos eventos. Parece que la mortalidad sigue siendo importante en definir el tamaño e importancia de un desastre.

Un segundo factor se relaciona con la “concertación” política más hábil lograda con el caso de Mitch. Este evento se proyectó desde el principio como un desastre “regional”, afectando a cuatro de los países más pobres del hemisferio, en el entorno de una región geográfica y geopolítica en que los países están ligados por un proyecto de integración y una historia en común. Los presidentes de la región concertaron juntos, estableciendo un frente común (no sin contradicciones, por supuesto) y emitiendo una temprana declaración conjunta sobre el desastre y sus implicaciones para el desarrollo de la región como un todo. Nada de esto ocurrió con el Caribe donde, a pesar de la destrucción y muerte sufrida en varias islas, no surgió una iniciativa semejante, fundamentada en una historia y destino compartida.

Finalmente, Centroamérica en su conjunto ha estado en el ojo internacional durante años debido al contexto de conflicto y guerra civil que le caracterizó durante décadas. Todos los países del istmo han sido receptores de importantes cantidades de ayuda internacional para el desarrollo y para la consolidación de la paz y la democracia. El istmo tiene una serie de apoyos internacionales tradicionales, cuya visión y enfoque en cuanto a la ayuda fue siempre guiada por la idea de la regionalidad centroamericana.

Debido a este conjunto de interrelaciones económicas, sociales y políticas, además de la noción histórica de una sola región que comparten los países del istmo, es que la nomenclatura de un “desastre regional” surte un efecto galvanizador en la mentalidad de distintos actores nacionales e internacionales. Tal denominación tendría relevancia y objetividad sin embargo en una esfera particular de la realidad del desastre. Aquí se refiere a la realidad de la economía de punta, articulada en torno al Corredor Comercial Centroamericano. Sin embargo, desde otras perspectivas económicas, sociales y políticas, el desastre puede ser mejor considerado desde otra escala de análisis, la de la escala fractal.

Existe una serie de argumentos de creciente importancia en la literatura sobre los desastres, que sugiere que un desastre “grande” o “regional”, como podría considerarse el asociado con Mitch, es en efecto, al final de cuentas, un número indeterminado de desastres pequeños detonados de forma diferenciada por un evento físico de gran magnitud relativa. Que sea considerado **un** desastre o **múltiples** desastres pequeños depende de quién lo contempla y desde que óptica política o práctica lo hace.

Así, desde la perspectiva del gobierno nacional, los organismos nacionales de atención de desastres y los organismos internacionales de ayuda humanitaria, será un solo desastre, porque desde el nivel en que operan deben atender sus consecuencias en todo el territorio.

Sin embargo, al otro extremo del espectro, para los poblados o localidades afectadas es más probable que se contemple como una serie ilimitada de pequeños desastres, cada uno con sus propias especificidades, necesidades de atención, demandas y oportunidades. De hecho, frente a un evento físico único, que hipotéticamente podría revestir características similares de magnitud e intensidad al concretarse en la tierra, el “espacio social “ de los daños (quienes resultan afectados, la magnitud de la afectación, las opciones de recuperación etc.) se determinará finalmente por las características de la sociedad imputada, diferenciada en el territorio (ver Hewitt, 1997).

De igual manera, el “espacio social” de las manifestaciones de resiliencia y protección, de zonas y poblados que sufrieron daños reducidos o manejables, también tendría, en muchos casos, su trasfondo social, sus características de menor vulnerabilidad.

En el caso del impacto del Huracán Mitch en Honduras, los reportes e informaciones que circularon durante los días y semanas después del evento transmitieron la idea de un país destruido casi en su totalidad. Sin embargo, los análisis más pormenorizados que se han producido sobre el evento muestran claramente importantes extensiones o zonas del país, importantes infraestructuras y facilidades productivas, ciudades y poblados que sufrieron daños mínimos o nulos. Sin lugar a dudas, eso podría deberse, en varios de estos casos, a la ausencia de extremos en términos de lluvia, descarga pluvial o vientos huracanados. Sin embargo, por otro lado, existirán múltiples casos de zonas azotadas por los elementos con una intensidad similar a la sufrida en zonas afectadas, pero sin las mismas manifestaciones de daño o destrucción.

El sobre énfasis en los daños y en las zonas dañadas alude a un entendimiento cabal del fenómeno de desastre. De igual manera que se analiza el daño, es importante analizar el no daño, para así revelar claramente los factores asociados con la vulnerabilidad y con la amenaza, que realmente propician pérdidas, y viceversa. Sin lugar a dudas, un solo evento físico genera múltiples contextos distintos, algunos de ellos caracterizados por daños extremos, otros por daños menores y otros por la ausencia de impactos importantes. Las lecciones que se derivan de estos últimos son tan importantes como aquellas derivadas del análisis de las pérdidas. Por supuesto, por las deformaciones que se han introducido en la discusión y análisis de desastres, este último tipo de indagación parece poco pertinente o atractivo.

Hasta aquí, nuestra introducción a la semántica de los desastres se ha concentrado en la esfera de los grandes eventos y su definición en términos de escala agregada o fractalizada.

Sin embargo, mas allá de los eventos “noticieros” como Mitch, existen cientos, sino miles de eventos “dañinos” que suceden cada año, los cuales no están registrados en las estadísticas de las organizaciones internacionales abocadas al tema de los desastres. De parámetros pequeños o medianos, asociados con múltiples distintos tipos de fenómeno físico (inundaciones, sequías, deslizamientos, sismos, lluvias intensas, oleajes fuertes, incendios, etc.), estos eventos, que pocos consideran o clasifican como “desastres”, tienen, en efecto, las mismas causas y orígenes que los grandes eventos. Difieren obviamente, en que uno por uno sus impactos son menores y su área de impacto es menos extensiva, muchos limitándose a pequeñas localidades o comunidades, en lugar de grandes zonas, regiones o países enteros. Sin embargo, son parte del problema de los desastres tanto como los grandes eventos que han llegado, erróneamente, a caracterizar el problema en general (ver Hewitt, 1983, para una clásica desmistificación del sentido real de los desastres).

La importancia de los eventos pequeños y medianos ha sido destacada, en particular, por La Red de Estudios Sociales en la Prevención de Desastres en América Latina - LA RED. Utilizando un software desarrollado específicamente para el registro de información georreferenciada y temática sobre eventos dañinos y para su análisis estadístico, temporal y geográfico (DESINVENTAR), se ha obtenido un recuento de todos los eventos reportados por la prensa y otras fuentes, en el período 1988-1998 para México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Colombia, Perú, Ecuador, Panamá y Argentina. Dicho registro arroja un número muy por encima de los 20000, incluyendo pequeños, medianos y grandes desastres, asociados con más de veinte distintos tipos de amenaza física, natural, siconatural o antropogénica. Solamente un diez a quince por ciento de estos registros se explican por el tipo de gran evento que aparece en las bases de datos de la OFDA.

¿Qué importancia tienen estos eventos para un análisis del caso de Mitch? se podría preguntar el lector.

Existe una creciente evidencia de que la suma de los impactos negativos de estos recurrentes “no desastres” se aproximan, si no exceden acumulativamente, a aquellos asociados a los grandes pero poco recurrentes eventos. Afectan a muchas localidades de forma reiterada, y pueden considerarse muchos de ellos **antecedentes e indicadores** de eventos futuros de mayor envergadura, como sería el caso de Mitch (Lavell, 1993; Maskrey, 1994; Wilches Chaux, 1998). Además, se hipotetiza que existirá una correlación importante entre la territorialidad de los pequeños y medianos eventos y las zonas impactadas posteriormente por los grandes desastres. En esta situación asume gran relevancia la idea de que los recurrentes pequeños eventos erosionan de continuo la capacidad de desarrollo de las zonas y poblados afectados, y conducen a una inexorable acumulación de vulnerabilidades, que hace que el efecto de los grandes sea más agudo una vez que suceden.

Visto desde la perspectiva del Huracán Mitch y sus impactos en el istmo, analíticamente sería muy interesante cotejar las zonas dañadas por el evento, con la historia de los daños sufridos en los mismos lugares debido a anteriores desastres, grandes o no. De forma complementaria, también sería muy ilustrativo comparar los sitios afectados por Mitch con aquellos que durante setiembre y octubre, en todos los países del istmo, han sufrido las grandes inundaciones de 1999, que persisten al momento de terminar de escribir este documento.

Las lecciones que se derivarían de un ejercicio de este tipo, seguramente avalarían la idea de que la prevención es válida, y que trabajando en el contexto de los pequeños y recurrentes eventos, se podría tener grandes beneficios, en términos de la prevención de los daños asociados a los grandes fenómenos como el Mitch. Desasociar los grandes de los pequeños eventos, considerar los primeros como importantes e ignorar a los otros, o darles poca relevancia, es contraproducente. Los grandes desastres se construyen sobre la historia de los pequeños. Se construyen en el contexto de procesos sociales, cambios ambientales, etc., que se dan al final de cuentas en localidades y zonas fractalizadas de un país o región.

Mitch y las Oportunidades y Escollos para la Reconstrucción con Transformación en Centroamérica

El, o los desastres suscitados por el paso de Mitch por la región centroamericana, podrían marcar un hito en la forma en que la sociedad y los gobiernos ven el problema de riesgo y desastre, y en términos de la manera en que enfrentarán la problemática en el futuro. De igual manera podría ayudar a consolidar una nueva visión en las mentalidades de los organismos bi y multilaterales de desarrollo, muchos de los cuales con los impactos de Mitch a la vista, y la solicitud de ayuda para la reconstrucción, acuñaron el tema de la construcción social del riesgo y de la vulnerabilidad. Esto, pese a que anteriormente, una buena parte de ese grupo mostró poco interés en el tema de los desastres, la prevención y la mitigación.

Por otra parte, podría ser que todo resulte efímero, una ilusión, y que con el paso del tiempo y el desenvolvimiento de la reconstrucción volvamos a los viejos hábitos de buscar impulsar el crecimiento y el bienestar sin una consideración de la seguridad ambiental y la reducción del riesgo. Si la historia de otras reconstrucciones pos desastre resulta ser válida, esta sería la conclusión más acertada.

Los desastres asociados con Mitch fueron considerados en su conjunto, como comentamos anteriormente, un desastre “regional”. El proceso de gestión de fondos para la reconstrucción fue emprendido bajo el lema de la solidaridad y con la presencia en concierto de los gobiernos de los distintos países del istmo, amalgamados, junto con representantes de los donantes internacionales, en el llamado “Grupo Consultivo” para la reconstrucción de Centroamérica. Dentro de estas deliberaciones se aceptó la mayor

necesidad de Honduras y Nicaragua, pero en fin, era en distintos grados, un problema para todos.

Con la reunión del Grupo Consultivo en Washington, en diciembre de 1998 y con la celebración de la Cumbre de la Reconstrucción con Transformación, en Estocolmo, en mayo de 1999, se comprometieron varios billones de dólares para la reconstrucción en la región. Además, en otros momentos se concretaron importantes condonaciones de las deudas externas de Nicaragua y Honduras en particular. Sin lugar a dudas, mientras millones de pobladores pobres quizás albergarían la esperanza de que las nuevas inversiones les trajeran mejores oportunidades y condiciones de vida, muchas manos se habrán frotado pensando en las jugosas ganancias que recibirían con, o por medio de esas inversiones.

Durante los meses posteriores al evento, la región fue surcada por misiones de evaluación y análisis pertenecientes a docenas de organizaciones nacionales e internacionales. Estrategias y propuestas para la reconstrucción, sus pautas y parámetros, nacieron en las cuatro esquinas del istmo y también fuera. El tema de los desastres encontró más expertos que nunca en su historia.

El proceso que seguirá la reconstrucción, sus pautas y prioridades, sigue abierto a muchas interrogantes y dudas. ¿Será llevado a cabo con un profundo sentido de reducción de la vulnerabilidad, de participación social amplia, de inclusión de los grupos menos favorecidos de la sociedad, de “desarrollo” en términos cabales, de adecuación a las realidades locales y regionales diferenciadas, de vinculación con los representantes de la sociedad civil de estas jurisdicciones, de respeto, y en armonía con el medio ambiente, en fin, con visos de sostenibilidad económica, social y política? O, repitiendo las experiencias de muchos anteriores procesos de reconstrucción en América Latina y otras partes, ¿se llevará a cabo privilegiando la reconstrucción de las infraestructuras de punta, la economía “moderna”, los nodos dinámicos de desarrollo, incluyendo el ya famoso “Corredor Comercial o Logístico” del istmo, la recuperación de las cuencas más importantes desde la perspectiva económica y poblacional, bajo modalidades de gestión verticales y centralistas, dirigidas por tecnócratas, distanciados en muchos casos de las necesidades, visiones, y opciones de las grandes mayorías?

La reconstrucción con transformación, presentada como opción de desarrollo, como oportunidad para construir una sociedad más segura, tendrá que inmunizarse contra la posibilidad real de que se convierta en un mecanismo para la reconstrucción de nuevas vulnerabilidades hacia el futuro, o el aumento en las ya existentes con anterioridad a Mitch. La desatención a las necesidades de las regiones y poblaciones más rezagadas y pobres, que incitaría procesos de migración hacia zonas aún más vulnerables en el campo y hacia los ya congestionados e inseguros barrios urbanos de las ciudades principales; la reconstrucción apresurada, por imperativo económico, de carreteras y caminos principales sin adecuada consideración de su vulnerabilidad; el retraso en los procesos de rehabilitación de caminos secundarios sin los cuales el pequeño comercio de los pequeños productores no puede salir al mercado; la ubicación de nuevas viviendas para los grupos pobres en zonas

de inseguridad ambiental, etc., son experiencias del pasado que corren el riesgo de reaparecer en la escena de la prometida "nueva sociedad". Con esto, los fondos frescos para la reconstrucción solamente se convertirían en el medio para la generación de las condiciones para un futuro desastre.

Finalmente, vale reflexionar sobre la profundidad con que el tema de la vulnerabilidad se ha introducido en el discurso y la práctica post Mitch (o Niño, o George). Sin lugar a dudas, con referencia a la reconstrucción, se ha escuchado mucho en torno a su reducción a raíz de las nuevas inversiones. Pero, en comparación, poco se ha escuchado sobre la reducción de la vulnerabilidad en todo lo que no fue afectado o destruido por el evento, que finalmente, cuenta por mucho más que lo destruido, al considerar la región en su totalidad y los países individualmente. Así, da la impresión de que la reducción, si se presenta como oportunidad, tiene que esperar un desastre para comenzar a realizarse. Entre tanto, aquellas zonas, regiones o países no tocados esta vez, en mayor medida a causa de la mala suerte, tendrán que seguir aguantando la vulnerabilidad hasta que un futuro desastre los ponga en línea para un apoyo a la reducción, a través de los fondos para la reconstrucción.

Desde ahí, el imperativo de reforzar los movimientos e instituciones que abogan por fortalecer la gestión del riesgo, reduciendo la vulnerabilidad existente. Esto debe ser considerado de tanta importancia y tan buena inversión como la reconstrucción pos desastre. Las agencias que proveerán los miles de millones de dólares para la reconstrucción, deberían haber considerado seriamente apartar una parte de estos fondos para invertir en la reducción de la vulnerabilidad que queda en la región, y buscar constantemente dirigir fondos "frescos" para este tipo de actividad. Esto debe dejar de ser visto en términos contables como un gasto, y más bien verse como lo que es, una inversión. Bajo este argumento, los países de la región que no sufrieron en mayor medida los embates de Mitch (o cualquier otro evento), y que no calificaron para recibir fondos de reconstrucción de manera importante, deben tener acceso a fondos para la reducción de vulnerabilidad, que podrían contribuir a que con el próximo evento físico de magnitud que afecte algún país de la región, la necesidad de desembolsos sea menos onerosa. En fin, es imperativo promover el desarrollo *antes* de los desastres, no solamente después: para salvar el brazo, es más importante la modesta labor de una enfermera que cura la herida, que la acción espectacular de un cirujano que amputa el miembro.

Consideraciones Finales

A lo largo de este ensayo, hemos presentado un análisis crítico de un rango limitado de consideraciones, que surgieron en torno a la relación entre el desastre asociado con Mitch y el desarrollo en el istmo.

Una conclusión importante a la cual hemos llegado, es que la discusión en torno al impacto del desastre sobre el desarrollo, aún cuando importante, crea en sí un falso problema que de

ser manipulado ideológica y políticamente, puede servir para distraer del problema principal que se enfrenta, el cual se refiere a los impactos que el mismo desarrollo puede haber tenido en la construcción de la vulnerabilidad, las amenazas y el riesgo, que hicieron factible que sucediera un desastre de tal magnitud.. La distracción se torna aún más grande si el argumento de que el desastre ha atrasado el desarrollo de la región, se usa para sustanciar la premisa falaz de que los desastres son en sí, una de las causas del subdesarrollo en los países pobres del mundo.

En suma, sin negar que el desastre fue grande y el sufrimiento humano enorme, fue también social y políticamente construido. Las declaraciones tempranas e irreflexivas de que Honduras y Nicaragua habrían sido arrojados décadas atrás en el desarrollo, con pérdidas de hasta 70% en sus infraestructuras, también habrá ayudado en cosechar buenos frutos con los medios de prensa internacionales y en la escena internacional en general. Sin embargo es probable que ninguno de estos países sufrirán importantes atrasos en su desarrollo a mediano y largo plazo a raíz del desastre. Más bien lo que se reveló era los niveles de pobreza, subdesarrollo y vulnerabilidad ya existentes. El sector privado dinámico absorberá las pérdidas, cubriéndolas con los seguros o las ganancias acumuladas a lo largo de los años, y algunos ganarán de forma elocuente a través de los contratos para la reconstrucción. Probablemente aprenderán de las lecciones del desastre e introducirán técnicas de reducción de riesgo y medidas que garanticen un nivel más alto de protección del medio ambiente en el futuro. Estos son los sectores que pueden sacar ventaja de las medidas modernas de reducción del riesgo, sea para la infraestructura existente o para futuros nuevos proyectos de inversión.

Por otra parte, los pobres quizás se harán más pobres, se encontrarán más inmersos en el subdesarrollo que los determinaba antes del evento, garantizando así que el próximo desastre podría ser aún más impactante para ellos. Sus opciones para reducir el riesgo quizás se reducirán a aquellas ventajas que algunos de ellos logren obtener en los procesos de reconstrucción. Si su riesgo se introdujera en una fórmula de costo - beneficio, muy pocos saldrían beneficiados. Están obligados a seguir viviendo en condiciones peligrosas, quizás convirtiéndose en beneficiarios de algún proyecto de prevención de desastres fomentado por alguna organización nacional o internacional. Sin embargo, confrontados con la magnitud del problema, estos proyectos apenas tocarán su superficie, siendo paliativos frente a la imposibilidad de operar sobre las causas fundamentales de los desastres. Causas que están firmemente ancladas en las pautas de crecimiento y desarrollo económico y sus impactos en la pobreza y la exclusión social. Mientras el riesgo no se contemple como un producto inherente a los modelos de desarrollo, las únicas soluciones al problema de los desastres será de tipo cosmético. Las predicciones fatalistas del fin del mundo serán precedidas por la destrucción paulatina y progresiva de partes de él.

Seis conclusiones derivan del análisis que presentamos en este documento y son también puntos de debate y polémica.

Primero, un análisis serio de la problemática de los desastres y el desarrollo debe utilizar un marco de análisis temporal que garantice que el “ciclo de vida” completo de los desastres,

sea considerado, y no solamente las implicaciones que éstos tienen para el desarrollo, una vez sucedidos.

Segundo, la desmedida atención puesta en los impactos que los desastres pueden tener en el desarrollo futuro, sirve como una distracción en cuanto al problema fundamental, el cual se refiere a la forma en que las mismas modalidades de desarrollo condicionan la concreción y existencia de los desastres. Solamente si resolvemos esta última cuestión, estaremos en posición de considerar e impulsar formas adecuadas de reducción del riesgo en la sociedad y de reducir las consecuencias de futuros desastres.

Tercero, el problema principal no es que los desastres tengan impactos negativos en el desarrollo, particularmente cuando las pérdidas asociadas son grandes, comparadas con el tamaño de la economía afectada, sino más bien el problema de fondo, es el tamaño reducido y los niveles bajos de desarrollo de las economías y sociedades afectadas. ¡En vez de satanizar las amenazas por sus impactos en la sociedad, sería más justo satanizar la sociedad por sus impactos sobre las amenazas!

Cuarto, en la consideración del problema de desastres y desarrollo, los eventos de gran magnitud no deben dominar la escena y el análisis del tema, como suele ser el caso en general. Más atención debe prestarse al rango amplio de eventos de pequeña y mediana escala, que afectan recurrentemente a múltiples zonas, regiones, comunidades y localidades en el mundo, los cuales reúnen los mismos factores de causa y efecto que los grandes eventos y contribuyen de forma permanente a la erosión de los beneficios del desarrollo y a la construcción constante de nuevas vulnerabilidades en la población afectada.

Quinta, la concentración de las estadísticas y los análisis en los daños y las pérdidas asociadas con los desastres, en el espacio social del daño, soslaya la comprensión cabal del problema del desastre. Igual importancia debe concederse al análisis del espacio social de la resiliencia o del no daño exhibido en zonas y comunidades inmersas en la escena general del desastre. Mayores lecciones para la reducción futura del riesgo, se aprenden del estudio de la resiliencia y la adaptación mostradas por algunas comunidades, sistemas productivos, e infraestructuras, que por el análisis de las pérdidas sufridas.

Sexta, el uso de rígidos criterios económicos y cálculos de costo - beneficio para justificar y sustentar iniciativas a favor de la reducción del riesgo, puede rendir frutos en el futuro, en términos de los sectores modernos o avanzados de la economía y la sociedad, pero este no es el caso con los sectores pobres y tradicionales, que en general componen la mayor parte de las víctimas del desastre. Lograr la reducción del riesgo para esta población, haciéndole posible alcanzar condiciones de vida más seguras, es antes un problema de ética, equidad y justicia social, que un problema de racionalidad y eficiencia económica.

BIBLIOGRAFIA

Albala Bertrand, J. M. (1994). The Political Economy of Large Natural Disasters: With Special Reference to Developing Countries. Clarendon Press. Oxford.

Anderson, M. (1985). " A reconceptualization of the linkages between disasters and development". Disasters: The International Journal of Disaster Studies and Practice. (Harvard Supplement).

Anderson, M. y P. Woodrow (1989). Rising from the Ashes: Development Strategies in Times of Disaster. Westview Press. Boulder.

Blaikie, P. et. al. (1996). Vulnerabilidad. El Entorno Político, Económico y Social de los Desastres. LA RED. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

Caputo, G. et. al. (Comp.) (1985). Desastres Naturales y Sociedad en América Latina. Grupo Editor Latinoamericano, CLACSO, Buenos Aires.

Cuny, F. (1983). Disasters and Development. Oxford University Press.

Desastres y Sociedad (1993-98). Revista Semestral de la Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, Nos. 1-8.

Fernández, M. A. (1996). Ciudades en Riesgo: Degradación Ambiental, Riesgos Urbanos y Desastres. LA RED-USAID. Lima

García Acosta, V. (Comp.) (1996). Historia y Desastres en América Latina. Vol. I, LA RED-CIESAS, Tercer Mundo Editores. Bogotá.

García Acosta, V. (Comp.) (1997). Historia y Desastres en América Latina. Vol. II. LA RED-CIESAS-IT PERU. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

Hewitt, K. (1983). "The Idea of Calamity in a Technocratic Age", en: Hewitt, K. (Ed). op. cit.

Hewitt, K. (Ed.) (1983 a). Interpretations of Calamity. Allen and Unwin, London.

Hewitt, K. (1997). Regions of Risk. Longman. Harlow, Essex.

Kreimer, A.. (1989) Reconstruction after Earthquakes: Sustainability and Development. The World Bank. Environmental Department, Policy and Research Division.

Kreimer, A and M Zador. (eds.) (1989). Colloquium on Disasters, Sustainability and Development: A Look at the 90s. Environmental Document No. 23. The World Bank, Washington.

Kreimer, A. and M. Munasinghe (eds.) (1991). Managing Natural Disasters and the Environment. The World Bank, Washington, D.C.

Lavell, A. (1993). “Ciencias Sociales y Desastres en América Latina: Estrategias de Intervención”, en: Maskrey, A.. op. cit.

Lavell, A. (Comp.) (1994). Viviendo en Riesgo: Comunidades Vulnerables y Prevención de Desastres en América Latina, LA RED-FLACSO-CEPREDENAC. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

Lavell, A. (Comp.) (1994 a) Al Norte del Río Grande, LA RED, Tercer Mundo Editores. Colombia.

Lavell, A. (1996). “Degradación Ambiental, Riesgo y Desastre Urbano: Problemas y Conceptos”, en: Fernández, M. A. op. cit.

Lavell, A. y E. Franco (1996). Estado, Sociedad y Gestión de los Desastres en América Latina. LA RED-FLACSO-IT Perú. Lahmann. Lima, Perú.

Luhman, N. (1991). Sociología del Riesgo. Universidad Iberoamericana/Universidad de Guadalajara. Jalisco.

Lungo, M. Y S. Baires (comp.) (1996). De Terremotos, Derrumbes e Inundados. LA RED-FUNDE. Algiers. San Salvador, El Salvador.

Manzilla, E. (Ed.) (1996). Desastres: Modelo para Armar. LA RED. Lima.

Maskrey, A. y G. Romero (1985). Urbanización y Vulnerabilidad Sísmica en Lima Metropolitana. PREDES, Lima, Perú.

Maskrey, A. (Comp.) (1993). Los Desastres no son Naturales. LA RED, Tercer Mundo Editores. Bogotá.

Maskrey, A. (1994). “Comunidad y Desastre en América Latina: Estrategias de Intervención”, en: Lavell, A. op. Cit.

Maskrey, A. (Ed.) (1996). Terremotos en el Trópico Húmedo. IT Perú y LA RED. Tercer Mundo Editores, Colombia.

Maskrey, A. (Ed.) (1998). Navegando entre Brumas: la Aplicación de los Sistemas de Información Geográfica al Análisis de Riesgo en América Latina. IT Perú y LA RED, Tercer Mundo Editores.

O'Keefe, P; K. Westgate; B. Wisner (1976). "Taking the naturalness out of natural disasters". Nature, 260

Stephenson, R. S. (1991). Disasters and Development. Disaster Management Training Programme. UNDP-UNDRO. Geneva.

Wijkman A. y L. Timberlake (1985). Desastres Naturales: Fuerza Mayor u Obra del Hombre. Earthscan.

Wilches Chau, G. (1989). Desastres, Ecologismo y Formación Profesional. SENA, Colombia.

Wilches Chau, G. (1998). Auge, Caída y Levantada de Felipe Pinillo, Mecánico y Soldador o Yo Voy a Correr el Riesgo. IT Perú y LA RED, Delta S.C. Quito, Ecuador.

Wisner, B; K. Westgate; P. O'Keefe (1976) "Poverty and Disaster". New Society, 9, September.

Wisner, B; P. O'Keefe; K. Westgate (1977). "Global systems and local disasters: the untapped power of people's science". Disaster (1) 1.

Zilbert, L. (1998). Módulos para la Capacitación: Guía de LA RED para la Gestión Local de Riesgo. LA RED, Lima.